



CIVISMO

S. M. P.

M A N I Z A L E S

NUMERO 38

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EN EL
MINISTERIO DE CORREOS Y TELEGRAFOS. REGISTRO N.º 208

Paños ingleses

"EL REY"

Los mejores.

LUIS RESTREPO ISAZA & Cia.

Los mejores paños ingleses para flux tienen la marca

"MEDALLA"

Y LOS VENDE

ALFONSO JARAMILLO R.

Manizales

Local: Carrera 13, frente al Palacio Nacional

CIVISMO

Organo de la S. de M. P. de Manizales.

Manizales - Caldas - Colombia - Julio de 1940 - No. 38

J. B. JARAMILLO MEZA

EN LA ACADEMIA DE LA LENGUA.

CIVISMO, que ha tenido siempre en alta estima la colaboración del poeta y literato Jaramillo Meza, se complace en ceder sus columnas editoriales a la respuesta que el citado escritor ha dirigido a la Academia Colombiana de la Lengua con motivo del nombramiento de miembro correspondiente que tan ilustre institución le ha hecho, y a otros documentos con él relacionados, como la Proposición de la Sociedad de Mejoras Públicas, la nota del señor Alcalde de la ciudad, la Resolución de la Dirección de Educación Pública y algunos comentarios de la prensa de Manizales. CIVISMO felicita cordialmente al amigo y colaborador y con gusto recoge en sus columnas los apuntes que ha merecido tan alto nombramiento.

Manizales, junio 6 de 1940.

Señores doctores

Félix Restrepo, S. J. y José J. Ortega T., Salesiano.

Bogotá.

Amigos muy dilectos:

El altísimo honor que vosotros me habéis concedido al solicitar a la Academia Colombiana de la Lengua mi nombramiento como Miembro Correspondiente de tan ilustre institución y la actitud deferentísima de la Academia al aprobar mi nombre en forma unánime para integrar la nómina de tan preclaros varones de las letras nacionales, si obliga para siempre mi gratitud, deja en cambio conturbado mi espíritu por mi falta de merecimientos para tan señalada honra.

A fuer de hidalgo os digo que en cuestiones de literatura todas mis aspiraciones hacia el porvenir se redujeron siempre a mi satisfacción interior por la obra más o menos lograda, lejos de todo círculo y de toda vanidad, y al espléndido deleite que proporciona el Arte sentido y vivido en plenitud, sin seductores espejismos de gloria.

Vosotros, de una manera gallardísima, tanto más noble y digna de reconocimiento perdurable cuanto más espontánea y sincera, escogísteis mi nombre entre tantos que cifran orgulloosamente las fronteras espirituales de la patria, enalteciendo de tal modo la obra literaria de este sencillo cantor de las montañas antioqueñas, que en vano busco en el idioma las palabras precisas que os digan con acierto y claridad el sentimiento que me conmueve.

Al aceptar el puesto que me señaláis en la Academia, en cuyos sillones dilucidan serios problemas idiomáticos insignes escritores nacionales, os declaro con palabras que no dicen los labios porque brotan del corazón, que acepto en nombre de las letras de Caldas con el propósito de representarlas en esa docta corporación, hasta donde alcancen mis conocimientos en el idioma y mi buena voluntad.

Y a fe que es bien difícil la tarea si se piensa que en este territorio desprendido de la vieja Antioquia, han consagrado lo mejor de su vida al cultivo de la literatura, en sus diversas manifestaciones, y de la poesía también, figuras eminentes bien conocidas en la república y admiradas con justicia. Que el gajo de laurel que la Academia ha querido colocar en mis sienes caiga sobre las frentes de los brillantes escritores caldenses y cubra con sus hojas las lápidas que sellan los despojos mortales de Aquilino Villegas, de Alfonso Robledo y de Bernardo Arias Trujillo.

Os manifiesto, amigos nobilísimos, que el nombramiento con que me habéis honrado no despierta mi vanidad, porque mi dulce y ligera vanidad literaria pasó con mi juventud; pero sí recompensa en grado máximo mis treinta años de vida in-

telectual, mi consagración a las tareas de la inteligencia, mi fe en el Arte, mi amor a la Belleza, toda una vida de pensamiento y de acción.

Cuántas reflexiones trae a mi mente la honra que me dispensáis! Y cuántos recuerdos también de la infancia literaria, de ese ayer ya tan lejano que se va desvaneciendo en el borroso horizonte!

La vida literaria en la provincia, señores académicos, es un proceso de sacrificios íntimos y de esfuerzos tenaces. El ambiente, primero que todo, demasiado impropicio; la aldea que fundaran hombres fuertes pero sin mayor cultivo intelectual; los señores del pueblo que aspiran a ser graves y omnipotentes en sus fallos comerciales, en sus opiniones agrícolas, en sus caudillajes políticos; los compañeros de infancia, todos ellos -con excepciones limitadas- entregados a las diversiones mundanas; los colegios primitivos en cuyas aulas tan sólo se aprenden los conocimientos más elementales; la falta total de libros de estudio, de tratados de literatura, de obras clásicas; sin periódicos, sin revistas, sin una voz de estímulo que aliente al escritor que comienza la vida intelectual; el poeta en ciernes que escribe a escondidas como si cometiera una falta; los primeros versos, los adorables primeros versos que a nadie muestra por temor; el ansia de ser algo sin poderlo; la inquietud espiritual, el soñar despierto, esa cosa indecisa, que quiere definirse, que quiere cobrar realidad sin alcanzarlo; el retraimiento mientras los otros se divierten; en los ojos y en el semblante el sello de gravedad que imprime la meditación; el estar pensativo cuando los demás ríen; el estar solo cuando los otros se agrupan solícitos; el amor a la naturaleza y a la soledad; el deleite que apenas se insinúa a la orilla de los ríos paternos, a la sombra de los árboles familiares, frente a los paisajes campesinos; el oír como en éxtasis el trino del pájaro, la voz del arroyuelo, el arrullo del viento en los nidos y en las enredaderas; el amor sin medida que se concentra purísimo en el corazón ante los ojos benditos de la madre dulcísima, único ser que en la aldea comprende los motivos de aquella inquietud, de aquel pensar, de aquel sentir. Mas tarde, transcurridos ya los años de infancia, el escritor de pro-

vincia ya en plena juventud, siente la necesidad irremediable de viajar, de adquirir conocimientos, de conocer horizontes, de ir por tierras y mares extraños, de leer, de leer implacablemente para nutrir su inteligencia, de escribir versos, de escribir prosas, de hacer ensayos, de conocer las más gloriosas figuras de las letras, de indagarlo todo, de comprenderlo todo a fin de apaciguar sus ansias. Y logra hacerlo, pero venciendo imposibles, dominando obstáculos, salvando con férrea voluntad todas las vallas que se oponen a su ambición. Y triunfa, pero en tierras extrañas. Apenas si los ecos de su triunfo resuenan en su patria. Y años después, cuando ya tiene una obra literaria digna del reconocimiento crítico, el escritor de provincia tropieza con nuevas dificultades. Unas veces, la escasez de dinero que no le permite instalarse en centros intelectuales propicios en donde es amplio el radio de acción y en donde podría desarrollar grandes actividades literarias; otras, la incompreensión del paisanaje totalmente entregado a labores agrícolas y comerciales; allá, el egoísmo de la prensa capitalina para cuanto se relacione con literatura provinciana, con salvedades si se quiere extraordinarias; acá, el dómine parroquial que cree de buena fe saberlo todo, ignorándolo; la política, la mala política que todo lo disuelve, que todo lo salpica con su fango, que mancha la blancura de las clámides apolíneas, que desconoce el mérito porque así le conviene para que surja la mediocridad del copartidario. He ahí, señores académicos, en síntesis, la vida, toda la vida de un escritor de provincia.

Por eso, mis ilustres amigos, ha sido tan grande mi sorpresa por el nombramiento con que me habéis favorecido y porque considero además que un puesto en la Academia Colombiana de la Lengua es el máximo honor que pueda concederse a un escritor en Colombia.

Esa insigne institución que fundaran un día de 1872 José María Vergara y Vergara, Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín, por iniciativa de la Real Academia Española, con el fin de "limpiar y fijar el habla castellana y darle esplendor"; que enaltecieran con su nombre, vivificaran con su espíritu y engrandecieran con su palabra clarísimos varones de

Colombia; que en setenta años de existencia ha dado asilo a las mayores inteligencias de la patria; que honraran en tiempos idos y honran en los días actuales, con sus merecimientos y su gloria, los más auténticos valores de la república, estadistas, literatos, poetas y filólogos; esa corporación ha descendido a mi sencillez y a mi insignificancia para exaltar en forma inmerecida los escasos atributos de mi inteligencia.

Me inclino con respeto ante la decisión de los señores académicos; les rindo mi tributo de gratitud imperfeceda y les ofrezco mi humilde colaboración en la grandiosa obra que llevan a cabo en beneficio de nuestro idioma.

Con sentimientos de la más alta consideración me es grato suscribirme de vosotros afectísimo amigo,

J. B. Jaramillo Meza

EL ALCALDE DE MANIZALES

felicita a Jaramillo Meza en nombre de la ciudad.

Eduardo Gaviria V., Alcalde de Manizales, saluda con toda atención al señor Juan Bautista Jaramillo Meza y se complace en presentarle, a nombre del gobierno municipal de Manizales y en el suyo propio, las más calurosas felicitaciones por su designación como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

El señalado honor que con tanto acierto le ha sido discernido al señor Jaramillo Meza, es un motivo de orgullo para la ciudad de Manizales, que lo cuenta como a uno de sus hijos adoptivos más preclaros, dentro del círculo de sus poetas y escritores de mayor valía.

Mayo 27 de 1940.



PROPOSICION

de la Sociedad de Mejoras Públicas, aprobada por unanimidad en la sesión verificada el 27 de mayo de 1940:

"La Sociedad de Mejoras Públicas registra vivamente complacida el alto honor que la Academia Colombiana de la Lengua le ha otorgado a su distinguido socio don J. B. Jaramillo Meza, al elegirlo miembro correspondiente de tan ilustre Corporación."

RESOLUCION NUMERO 153 DE 1940

(junio 5)

Por la cual se asocia a un homenaje y se felicita a un escritor de Caldas.

El Director de Educación Pública de Caldas, en uso de sus atribuciones legales, y

CONSIDERANDO:

Que la Academia Colombiana de la Lengua acaba de designar como miembro correspondiente al señor don Juan Bautista Jaramillo Meza, distinguido intelectual y hombre de letras que honra al Departamento de Caldas y a la República;

Que este acto significa un merecido reconocimiento para quien se ha dedicado con tesón a estas disciplinas y ha servido a los intereses intelectuales de Caldas con lucidez y generosidad;

Que hoy se inaugura la FERIA DEL LIBRO en esta ciudad, como certamen cultural, estimulante para la lectura y difusión del libro en general,

RESUELVE:

1º—Felicitar efusivamente al señor Juan Bautista Jaramillo Meza por el honor merecido que le ha otorgado la Academia Colombiana de la Lengua, al designarlo como miembro correspondiente.

2º—Enviar copia de la presente Resolución en edición de estilo al señor Jaramillo Meza y a la Academia de la Lengua.

Comuníquese y publíquese.

Dada en Manizales, a los cinco días del mes de junio de mil novecientos cuarenta.

JESUS ARIAS CORREA

Por el Sub-director de Educación, el Oficial Mayor encargado,
Eduardo Ocampo Marin

UNA MERECEDA DISTINCION

Para llenar la vacante que dejó vacía en la Academia Colombiana de la Lengua el doctor Alfonso Robledo, ha sido designado miembro correspondiente del ilustre Instituto, don Juan Bautista Jaramillo Meza, en votación unánime y por iniciativa del reverendo Padre Félix Restrepo, S. J., y del doctor José J. Ortega T. Para nosotros es singularmente grato publicar esta noticia, pues no sólo se trata de reconocer los méritos del popular escritor sino de hacerle un merecido homenaje a las letras regionales de Caldas.

El señor Jaramillo Meza tiene una larga trayectoria como escritor castizo y como poeta de inspiración sonora y abundante. Hasta ahora lleva publicados los siguientes libros: "Alma Helénica", "Bronce Latino", "Playas y Tumbos", "Senderos de Otoño". Además tiene listos para las prensas sus "Poemas y Canciones" y sus "Impresiones de Arte y de Vida". Estas obras le han dado gran fama y han alcanzado el elogio consagrador de Rubén Darío, de Guillermo Valencia, de Santiago Argüello, de Julio Cejador y Frauca, de Eduardo de Ory, de Alejandro Andrade Cuello, de Ricardo Nieto, de Eduardo Castillo, de Juana de Ibarbourn, de Gabriela Mistral y de otros varios publicistas nacionales y extranjeros.

Al señor Jaramillo Meza no lo envanecen estas distinciones, pues él sabe que el verdadero mérito está muchas veces fuera de las academias. Pero en todo caso para nuestro departamento es un gran honor tener a uno de sus escritores de más larga travesía y de más demostrada consagración a las letras en la Academia de la Lengua. Aunque el señor Jaramillo Meza nació en Jericó, Manizales lo cuenta como uno de sus hijos porque aquí formó su hogar y ha sido un continuo propulsor de toda obra de adelanto desde la Sociedad de Mejoras Públicas. Además entre nosotros ha realizado la mejor parte de su profusa labor literaria.

Al felicitar al señor Jaramillo Meza celebramos vivamente este nuevo acierto de la Academia Colombiana de la Lengua.

"La Patria".

DEL ANTIGUO MANIZALES LITERARIO

ABU ZAID EL POETA

Cuento semi-oriental.

Para mis hijos Eduardo y Roberto.

Esto sucedía quizá en los tiempos del Califa Harún al Raschid.

La leyenda no precisa la época, y sólo dice que el gran Comendador de los Creyentes era sobremanera apasionado por la música y la poesía.

En la ciudad sagrada de los Califas vivía entonces Abu Zaid, joven poeta, soñador místico, de altivo carácter, y libre como las gacelas del desierto, que había consagrado su lira a la Naturaleza y a las Huries del Profeta.

Tan hermosa como las hadas que inspiraban sus cantos y tan dulce como sus ensueños de poeta era Jalima, tierna doncella de origen persa, a quien conoció el joven cierto día en uno de los jardines de la gran mezquita.

Convencido de que tan peregrina criatura era el premio anticipado que Alhá destinaba a su fiel servidor, se unió a ella conforme a la ley del Corán.

Jalima sólo poseía su hermosura y su pudor, Zaid su amor y sus ensueños. Inmenso caudal sin duda para los que sienten repleto de rica savia el fruto sazonado de la vida.

Pasaron una, dos, tres y hasta veinte lunas, sin que entre tanto menguara la de miel para los venturosos amantes.

Uno de esos días sin embargo amaneció Zaid cabizbajo y meditando.

—¿Por qué no me acaricias hoy con tu sonrisa? preguntóle Jalima entre mimosa y desconsolada.

—Porque mi corazón es presa de amargos presentimientos, contestó el poeta. Anoche un fatídico sueño conturbó mi espíritu, arrebatándolo de la dulce embriaguez en que lo tenían sumido tus hechizos.

—Jalima, el espectro del hambre amenaza nuestra felicidad!

Clementísimo Alhá! exclamó la joven cubriéndose el rostro con las manos, e inclinando su blanda cabecita sobre el hombro de su amado. Y así meditaron largo rato.

—Acaso no eres poeta? preguntó de pronto Jalima a su esposo, mirándolo dulcemente.

—Y de qué me vale ser poeta si no es para llorar nuestra perdida felicidad?

—Y por qué no haces lo que hizo Abú-Assán?

—Qué hizo Abú-Assán?

—Entonó himnos en honor del gran Caudillo de los Creyentes, a quien guarde Alhá; deificó a la princesa Zahira, poniéndola en parangón con las huries del Profeta; cantó las hazañas del primer Visir y la castidad del Eunuco mayor. Por todo lo cual alcanzó gracia del gran Comendador, quien lo colmó de favores. Oye Zaid: por qué no haces lo que hizo Abú-Assán?

—Amada Jalima, mal conoces a tu esposo. Las hadas no me enseñaron el lenguaje de la lisonja; yo soy el poeta libre de la naturaleza; canto como trinan las aves y murmuran las fuentes, sin pensar que me oyen.

—Alhá sea con nosotros!

Así los ruegos de Jalima como el aguijón de la necesidad, rindieron a la postre la altivez del poeta. Abú Zaid compuso un canto, ensalzando las glorias del gran Caudillo, canto que envió a su destino, escrito en nitido papiro perfumado de mirra.

—No basta con un sólo himno -dijo Jalima a su esposo algunos días después. -Es menester que cantes hasta que el gran señor te preste oídos.

Obediente Abu Zaid, cantó de nuevo al Califa, luego a Zahira su favorita, y por último, al primer Visir.

El califa no se hizo sordo. Cierta día un ujier se llegó a la morada de Zaid, diciendo: "Alhá sea con vosotros; el gran Comendador de los Creyentes reclama la presencia de su siervo Abu Zaid."

Leno Zaid de regocijo, se acicaló con su más vistoso capán; calose el verde turbante, insignia de los descendientes del Profeta, y se dirigió presuroso a la regia morada.

—Eres tu el poeta Abu Zaid? preguntóle el Califa desde su augusto trono.

—Y vuestro más humilde siervo, clementísimo príncipe, contéstole el poeta, inclinándose hasta besar el suelo.

—Sábeta, siervo Zaid, que yo amo a los poetas, porque ya lo dijo el Libro Sagrado:

"Las rosas y los jazmines se abren al canto del ruiseñor y hasta los camellos se animan cuando oyen la canción de su conduc-

tor". Pero sabrás también, Zaid, que tus cantos no me han dejado satisfecho. Ello es que no tienen ni con mucho el sello de tu inspiración, ni el fuego de tu entusiasmo, ni la agudeza de tu ingenio.

—Dime poeta. ¿No encomiaste tú en dulcísimas estrofas las excelencias del camello?

—Es verdad, serenísimo Príncipe, balbuceó el poeta, palideciendo.

—Pues bien, tu canción al camello es superior a la que ensalza mi gloria.

—Dime poeta. No deificaste también, en apasionados cantares, las gracias de tu Jalima?

—Es verdad, magnánimo Caudillo.

—Pues bien, esos cantares a tu Jalima superan en mucho a los que dedicaste a mi augusta favorita.

—Dime, por último, poeta, -agregó el Califa, presentando a Zaid las hojas de papiro que contenían sus versos-, dime siervo desleal a qué se deben estas manchas -y señalando con mano temblorosa- que deslustran tus indignas estrofas?

—Anonada a tu más humilde siervo, oh! poderoso Vicario del Profeta, pero antes escucha la verdad en su boca. Esas manchas son lágrimas de vergüenza que brotaron de mi corazón al verme forzado por la miseria a cantar en el lenguaje de la lisonja.

—Oye, siervo altanero, prorrumpió el Califa con tal acento de ira que más parecía rugido de león que voz humana. Esta es la voluntad de tu amo y señor: Antes de tres días habrás escrito un canto que reúna estas condiciones: que supere a todo lo que has escrito hasta hoy; que no se aparte un punto de la verdad. y que acreciente mi gloria y la felicidad de mis vasallos. De lo contrario, prepárate a morir. Ahora véte de mi presencia.

Camino de su pobre morada, Zaid llevaba impreso en su semblante el sello de los condenados al último suplicio.

Jalima, que lo aguardaba impaciente, quiso ir a su encuentro al ver que se acercaba; pero el poeta la detuvo con imperioso ademán, y llegándose a ella le tendió los brazos.

Dos días después un ujier se presentó en la puerta de la triste morada del poeta, diciendo: "El gran Comendador de los Creyentes reclama el cumplimiento de un mandato impuesto a su siervo Abu Zaid."

El poeta, acercándose al ujier, depositó en sus manos una diminuta hoja de papiro.

—Qué has enviado al Califa? preguntóle Jalima, a quien alimentaba todavía una vislumbre de esperanza.

—Mi sentencia de muerte y mi epitafio, contestole Zaid, con aire indiferente.

Momentos después el Califa leía, con visible curiosidad, esta extraña producción:

EPITAFIO:

Aquí yace el mejor amigo del Califa:

Un poeta que no supo mentir.

Si amáis al Califa, imitad al poeta.

Largo rato meditó el Califa sobre el significado de este arranque de desesperanza y de heroicidad de un alma joven que se ríe del destino.

Luégo conferenció largamente con el Visir sobre la futura suerte de Abu Zaid, a quien mandó comparecer a su presencia para el tercero día a la hora en que el muezín de la gran mezquita anuncia la penúltima oración.

En el momento fijado por el Califa, Abu Zaid se dirigió a palacio, acompañado de su esposa. Vanamente luchó Zaid por disuadirla del propósito de acompañarlo. Tu suerte será la mía, le dijo Jalima ¿a qué empeñarte en prolongar mi pena si he de morir después con más crueles agonías?

Rodeado de varios de sus cortesanos se hallaba el Califa en el salón de las audiencias, cuando los atribulados esposos fueron conducidos a su presencia.

Los magnates, a pesar de su gravedad, no pudieron reprimir un movimiento de sorpresa al ver a Jalima. El dolor, que suele a veces ser artifice supremo, se había mostrado espléndido en esta ocasión. Jalima estaba deslumbradora.

El Califa clareó tres veces antes de hablar, y dijo: Qué deseas de mí? noble señora.

—Que me permitas, magnánimo Príncipe, participar de la suerte de mi esposo Zaid, contestó la beldad con melódica voz.

—Hablas como una esposa fiel, y te digo que serás complacida. Luégo volviéndose a Zaid:

—Y tú qué deseas, poeta?

—Que el epitafio que os envié, gran Caudillo, sea grabado sobre mi tumba.

—Se hará conforme a tu deseo.

Y volviéndose al Visir, le dijo:

—Véte a cumplir lo ordenado.

El Visir hizo una profunda genuflexión, y se retiró, después de ordenar a los esposos que lo siguieran.

Los tres personajes se engolfaron por esas calles de la magnífica ciudad de los Califas. Suplicio mayor que la misma muerte iba pareciendo a Jalima aquella interminable correría, y ya empezaba a desfallecer cuando el Visir se detuvo.

Se hallaban al frente de un hermoso y vasto jardín, en el centro del cual, desafiando al cielo con sus soberbios minaretes, se destacaba un magnífico palacio, apenas inferior al alcázar del Califa.

—Leed, dijo el Visir a Zaid, —señalando con la mano una de las fachadas del palacio.

Zaid, que apenas daba crédito a lo que veía, pues todo aquello le iba pareciendo obra de Hadas y Genios, pudo leer esta inscripción hecha con letras de oro de alto relieve.

Aquí vive el mejor amigo del Califa:

Un vasallo que no sabe mentir.

Si amáis al Califa, imitadlo.

—Id a tomar posesión de él, les dijo el Visir. Allí hallaréis reunido todo cuanto deseáis para vivir como príncipes. Luego añadió: Así es como castiga el gran Caudillo a los que no saben mentir.

Jesús Londoño Martínez

:: SEMANA CIVICA ::

Señor Hacendado,
Señor Comerciante,
Señor Banquero,
Señor Industrial,
Señor Periodista,
Señor Empleado,
Señor, Señora, Señores,

Prepárense para la SEMANA CIVICA

Pro-Palacio de Bellas Artes que celebrará la Sociedad de Mejoras Públicas del
3 al 11 de agosto de 1940.

INVITACION AL HOGAR

Por **Fernández Moreno**

Estoy solo en mi casa,
bien lo sabes, y triste como siempre.
Me canso de leer y de escribir
y necesito verte. . . .
Ayer pasaste con tus hermanitas
por mi casa, con tu traje celeste.
Irás a comprar alguna cosa. . . .
Ganos tenía yo de detenerte,
tomarte muy despacio de la mano
y decirte después, muy suavemente:
—Sube las escaleras de mi casa
de una vez para siempre. . . .

Arriba hay fuego en el hogar;
adereza la cena: tiende,
sobre la mesa vieja abandonada,
el lino familiar de los manteles,
y cenemos. . . .
La noche está muy fría,
corre un viento inclemente.
Sube las escaleras de mi casa
y quédate conmigo para siempre.

Y quédate conmigo simplemente,
compañeros desde hoy en la jornada.
Llegó la hora de formar el nido,
voy a buscar las plumas y las pajas. . . .

S. M. P. _____

Tendremos un hogar dulce y sereno,
con flores en el patio y las ventanas;
bien cerrado a los ruidos de la calle
para que no interrumpan nuestras almas. . . .
Tendrás un cuarto para tus labores,
¡oh la tijera y el dedal de plata!
Tendré un cuartito para mi costumbre
inofensiva, de hilvanar palabras.

Y así, al atardecer, cuando te encuentre,
sobre un bordado la cabeza baja,
me llegaré hasta tí, sin hacer ruido,
me sentaré a tus plantas,
te leeré mis versos, bien seguro
de arrancarte una lágrima,
y talvez jueguen con mi cabellera
tus bondadosas manecitas blancas.

En tanto pone el sol sus luces últimas
en tu tijera y tu dedal de plata.

LA S. DE M. P. Y EL PATRONATO ESCOLAR

Ministerio de Educación Nacional

Bogotá, mayo 28 de 1940.

Presidente Sociedad de Mejoras Públicas.

Manizales.

Ruégole insistir Alcalde, Presidente Consejo, Párroco, demás personas instalar Patronato Escolar.

Agradeceréle gestiones.

Servidor,

Gabriel Anzola Gómez

Mineducación

Manizales, mayo 29 de 1940.

Mineducación.

Bogotá.

Suyo ayer. Sociedad hase dirigido entidades respectivas, fin constituír Patronato Escolar. Gustosos cooperaremos.

Atentamente,

SOCIEDAD MEJORAS

Julio Angel, Presidente.

Mineducación.—Bogotá, mayo 30 de 1940.

Julio Angel, Presidente Sociedad Mejoras.

Manizales.

Complacido registro su valiosísima colaboración Patronatos. Refiérome suyo ayer.

Atento servidor,

Gabriel Anzola Gómez

Mineducación.

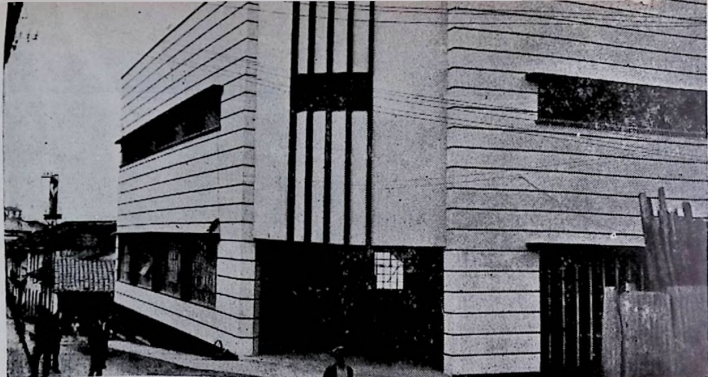


SEMANA CIVICA

Señor Hacendado,
Señor Comerciante,
Señor Banquero,
Señor Industrial,
Señor Periodista,
Señor Empleado,
Señor, Señora, Señores.

PREPARENSE PARA LA
SEMANA CIVICA

Pro-Palacio de Bellas Artes que celebrará
la S. de M. P. del 3 al 11 de agosto de 1940.



Manizales Moderno.—Edificio del Comité de Cafeteros, recientemente construido.—Obra del Ingeniero Gómez Mejía. :: :: :: :: ::

Preparemos la ciudad para doscientos mil habitantes. La única forma:
PLANO DE MANIZALES FUTURO.



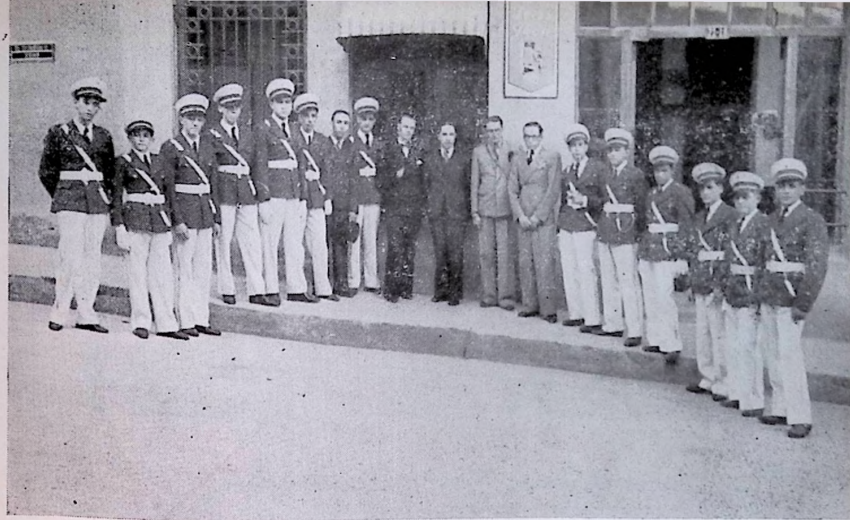
Otro aspecto del lujoso edificio del Comité de Cafeteros.—Carrera 22, calle 18. :: :: ::

Preparemos la ciudad para doscientos mil habitantes. La única forma:
PLANO DE MANIZALES FUTURO.



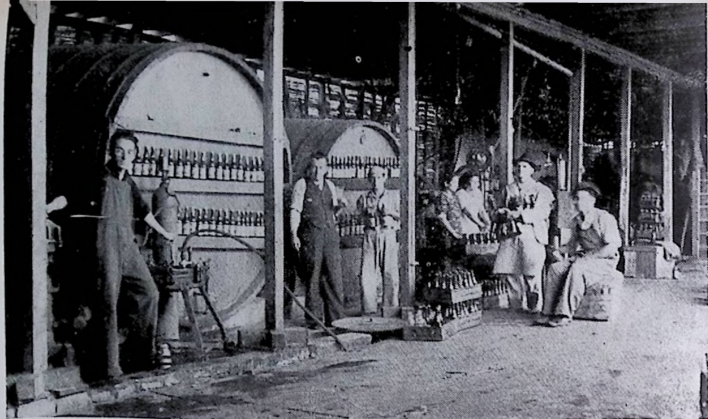
Un aspecto de la Feria del Libro, celebrada recientemente en la ciudad.—A la derecha el Dr. Arias Correa, en los momentos de declarar abierto dicho certamen. :: :: :: :: :: ::

Préparese para la Semana Cívica.



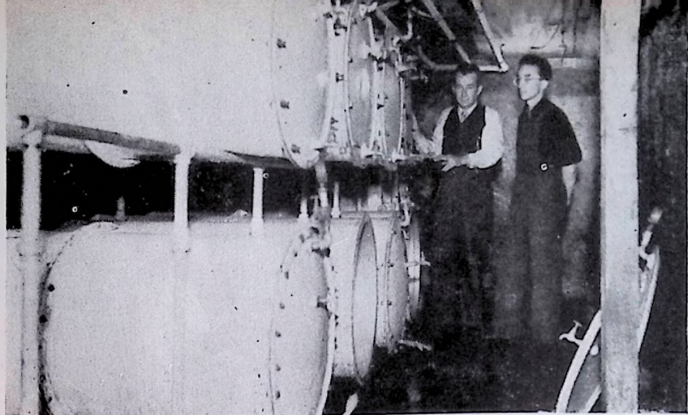
Grupo de cadetes del Ateneo Colombia de Medellín, en su reciente visita a Manizales. :: ::

Hágase usted socio de la S. de M. P.



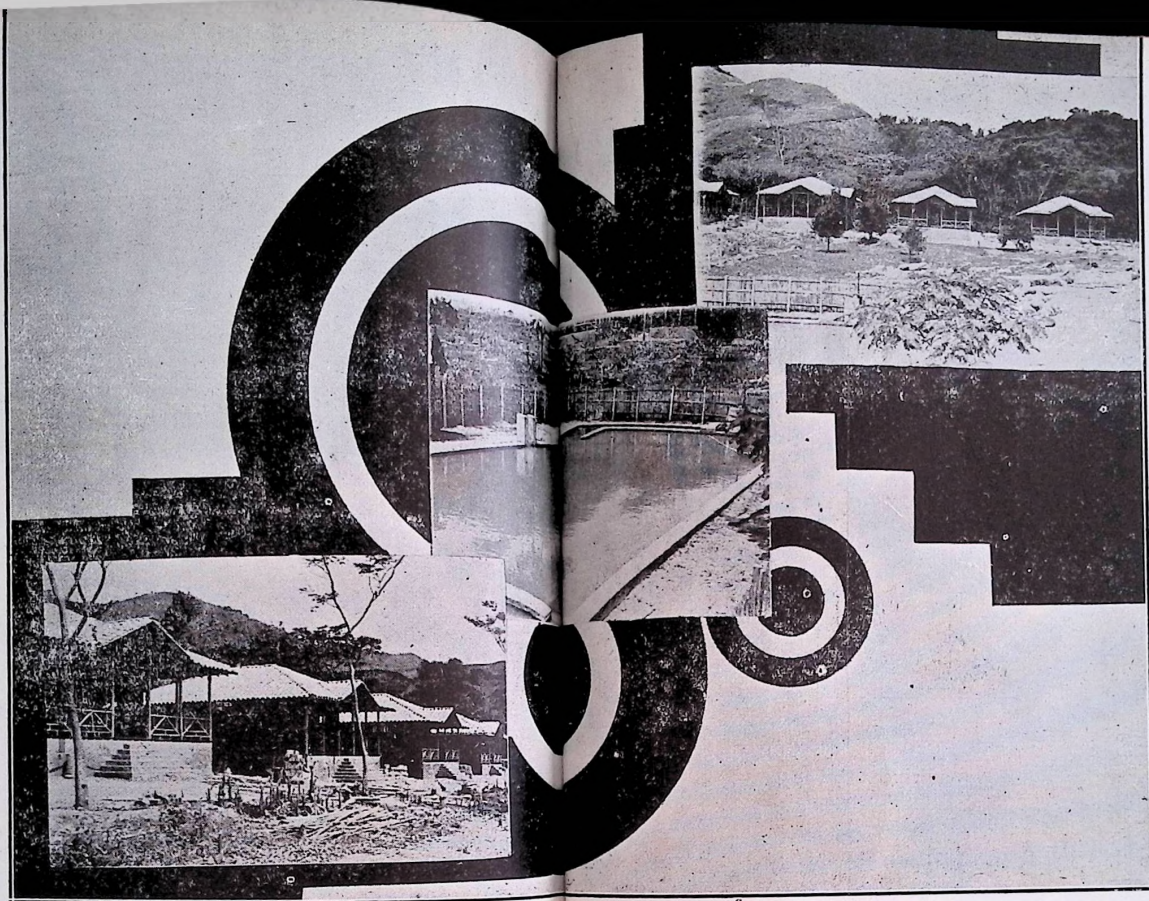
Industrias manizaleñas.—Un aspecto de la Fábrica de vinos y cervezas de don Julio Nicholls. ::

Ayudar a la S. de M. P., es contribuir al progreso de la ciudad. ::



Don Julio Nicholls y su hijo don Aníbal, en uno de
los apartamentos de su fábrica. :: :: ::

El anónimo es el arma de las al-
mas bajas. :: :: :: :: :



Vistas de la Centro Cera.—Casas de emplea-
dos.—Piscina. :: :: :: :: ::

Ayude usted a la Semana Cívica
Pro-Palacio de Bellas Artes. ::

Del 3 al 11 de agosto, la Semana
Cívica. :: :: :: :: ::



Srta. Ida Perrasse Rubio.—Manizales.

La S. de M. P. tiene 28 años de
trabajar por Manizales. :: ::

GALERIA DE DAMAS



Srta. Angélica Arias C.—Armenia.

El civismo es el índice del progreso
de un pueblo. :: :: :: ::



Aspecto del Club Campestre de Pereira, elegante
lugar de recreo de la sociedad pereirana. :: ::

Hágase socio de la S. de M. P.



DON JORGE G. HOYOS

LA SOCIEDAD DE MEJORAS PUBLICAS RINDE HOMENAJE A LA MEMORIA DE DON JORGE G. HOYOS.

La Sociedad de Mejoras Públicas,

CONSIDERANDO:

1º—Que en la ciudad de Rochester acaba de morir el señor don Jorge G. Hoyos;

2º—Que el señor Hoyos fue miembro muy destacado de esta Institución, donde se distinguió por su gran iniciativa y su señalado espíritu cívico;

3º—Que el extinto le prestó grandes servicios a la ciudad de Manizales, a cuyo engrandecimiento dedicó sus mayores esfuerzos, sus vastos conocimientos y sus energías creadoras,

RESUELVE:

a). Asociarse al duelo social producido por la desaparición de este esclarecido varón;

b). Ofrecer su memoria como un alto ejemplo de virtudes ciudadanas ;

c). Levantar la sesión en señal de duelo;

d). Enviar copia de la presente resolución a la señora viuda e hijos del ilustre finado, y publicarla por la prensa hablada y escrita.

Dada en Manizales, a los diez y nueve días del mes de junio de 1940.

El Presidente,

JULIO ANGEL A.

El Secretario,

Roberto Londoño Villegas



Sta. Helena Botero de los Ríos,
gentil dama de nuestra socie-
dad, cuya temprana desapa-
rición constituyó un hondo
duelo social.—Mayo 22. ::

Dr. Flaminio Lombana Ville-
gas, miembro destacado de la
S. de M. P., autor del artícu-
lo "Perfiles Santanderinos",
que aparece en la presente e-
dición. :: :: :: ::

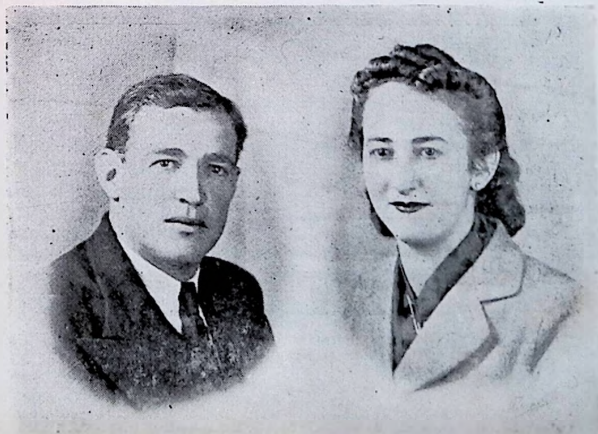




Don Javier Obando.—Sta. Matilde Mejía Arango.—Junio 16. :: :: :: :: :: ::

M A T R I M O N I O S

Don Gabriel Vélez Echeverri.—Sta. Gabriela Montes.—Mayo 19. :: :: :: :: :: ::





Daña Pastora Mejía de Uribe, distinguida dama
de Pereira, cuya muerte constituyó un alto duelo
social en aquella ciudad. :: :: :: ::

Del 3 al 11 de agosto, la Semana
Pro-Palacio de Bellas Artes. ::

PERFILES SANTANDERINOS

Por Flaminio Lombana Villegas

1

Ni vanas loanzas, ni procaces dicterios pueden servir para la colosal mensura de Santander. Al vaciar en metales verídicos su perfil de estadista y de héroe, es menester abandonar el obcecado estilo con que nuestros gacetilleros afrontan el estudio de toda figura histórica. Ese estilo que no traduce sino el panfleto o la oda; que no capta sino lo desmesuradamente grande o lo infinitamente pequeño; que no enfoca sino al semidios o al esclavo. Pero frente a Santander hay que adoptar una actitud de profundas raíces humanas: ver al Hombre en la totalidad de sus volúmenes, tal como la naturaleza lo plasmó en sus retortas; tal como la Vida lo entregó a la posteridad, después de laminarlo en sus yunques de sacrificio y de gloria.

Publicistas de visión recortada y plumíferos a estipendio han pretendido ver en Santander al ambicioso émulo del Libertador. La maulería del juicio los muestra incapaces de descubrir la sinfonía de matices que el alma humana contiene. Su equivoco criterio no se moviliza sino por el camino engañoso del contraste. Tarados de infantil ceguera no perciben lo blanco sin la cercana presencia de lo negro. Al dibujar la efigie incendiada del Libertador tienen que rodear de sombras la estampa del noble granadino. Actúan con la deformada limitación del fanático. Recortan la estampa de Santander, temerosos de que aceptando la plenitud de su figura gigantesca, la gloria de Bolívar sufra cercenamientos imposibles.

Pero sobre el telón de América caben las dos figuras en la totalidad de su grandeza, con sus características individuales, con la influencia que cada uno de ellos desatara en los orígenes de la nacionalidad. El escenario es suficientemente amplio para que los dos hombres representativos desempeñen su rol histórico sin incomodarse mutuamente. La olímpica majestad y el ademán cetrero del uno, no se oponen a la gravedad y noble modestia democrática del otro. Son dos grandeas de distinto estilo, indispensables am-

bas para la madurez de la obra libertadora, así como la catarata y el arroyo que la sustenta son manifestaciones distintas del mismo elemento originario. Bolívar es el dionisiaco que no alcanza a sobrelevar su propio poderío. Santander es la inteligencia contenida por la razón. El uno es la fuerza alegre que por donde camina se abre cauces. El otro es la energía que se traza sus propios linderos.

2

Además de las notas ancestrales conque la naturaleza los dotó, extrayéndolas laboriosamente de su cantera de milenios, el medio en que se desarrollaron dió a estas personalidades direcciones distintas. Bolívar descendía de ricos terratenientes venezolanos. Su infancia discurrió en la atmósfera feudal de la casona solariega; cabalgando potros sobre la ilímite llanura que le servía de pista a los vientos; oliendo en las ramadas de la estancia el agri dulce mosto de las cañas que se mezclaba en el aire al sudor de la esclava negredumbre. Allí aprendió a amar la libertad y a odiar al español que detentaba todas las ventajas del comercio criollo. Pero, a la postre, esa libertad se edificaba sobre la prepotencia del jinete sobre el caballo y del caballo sobre la lejanía.

Santander nace de un hombre que desempeña en tal momento las insignias del mando en su calidad de Gobernador de Cúcuta. Su adolescencia es sorprendida con los despliegues de energía que exigen las labores de la administración colonial. Los muros de su casa paterna reproducen los ecos de los Decretos, las fórmulas monárquicas de las leyes de Indias. La edad en que Bolívar se adiestra sobre la silla en dar elasticidad de acero a sus músculos, sorprende a Santander en el estudio de las instituciones; en la búsqueda de la verdad, la justicia y el derecho. Mientras el futuro Libertador alterna con el príncipe heredero de la corona española, el estadista granadino recibe raciones de sabiduría en los claustros de San Bartolomé. A la edad en que Bolívar, rumboso y triste, saborea el vino fúnebre de su viudez, debatiéndose entre el dolor cordial y la pagania lujuriente de las cortes europeas, Santander se ve lanzado por la fuerza brutal del destino a los azares de la guerra, a la mortuoria fiebre de los combates. El uno vino a caminar a la vera de la gloriosa muerte cuando había apurado la miel del placer hasta el estrago. El otro cambió el birrete por la marcial visera; el claustro por la emboscada, sin haber alcanzado a conocer la extrema dulcedumbre de las citas de amor.

3

Para evaluar certeramente al hombre es necesario estudiar todos los factores condicionantes de su personalidad; las influencias recibidas, el medio en que logró su desarrollo; los ríos delgados y caudalosos que vertieron sus meandros en la ensenada de la conciencia. Sólo así puede explorarse su total fisonomía y encontrarse una

explicación cabal de sus actos. Los ambientes diversos que rodearon la infancia de Bolívar y Santander determinaron sus perfiles distintos y explican la amplísima zona que separa al temperamento extravertido del primero y la serena introversión del segundo; la voluntad cesárea del Libertador y la reposada disciplina del Hombre de las Leyes. El uno confiaba en el imperio arrollador de su genio sostenido por el fulgor de su espada. El otro creía en la grandeza de la virtud interior pero alinderada con la alambrada de las Leyes. Aquel quería infatigablemente conquistar dones, para prodigarlos a la nación con liberalidad magnífica, sin acatar órdenes ni reconocer fronteras. Este anhelaba realizar la prosperidad de la nación, imponiendo con singular perseverancia el orden interno y el acatamiento a los mandatos de la voluntad colectiva, expresado por los cauces de la legislación. Bolívar quería mandar y Santander obedecer. Bolívar quería dictar la ley y Santander acatarla.

Desde los primeros años de actividad pública del Granadino encontramos su capacidad heroica para acoger el mandato social con preferencia al íntimo querer, lo que integra la primera virtud de su republicana grandeza. Su valor desmedido, su reposada actitud ante la inminencia de la muerte no se desplegó solamente en los combates, en los asaltos nocturnos, en el tremendo choque con los centauros de Boves. Fue en episodios de mas valioso contenido humano donde su valor se irguió sobre la peana de una irrevocable voluntad de morir. No es el gladiador el que acendra un mejor licor de valentía, ni el torbellino de la batalla el mejor clima para medir las dimensiones del alma. En el combate, es el instinto el que se arroja sobre las vallas de la prudencia y cabalga corceles temerarios. Los clarines marciales, la pasión vengadora, la varonil emulación, convierten la vida en despreciable moneda que puede tirarse sobre el tapete de la victoria con alegre ademán. Pero arriesgarse friamente, sin estos estimulantes anímicos externos, revela la plenitud del sacrificio, la omnipotencia de la voluntad sobre la cólera primaria.

4

Hay que evocar a Santander en el episodio de Guasqualito para que su coraje nos recorra los nervios con la eficacia dolorosa de una garra. Por escenario el Llano. Personajes, dos colosos de distinto pelambre: El León de Apure que ya ensayaba el salto felino de las Queseras del Medio y el General Granadino que combatía satisfundamente por dotar a Colombia de una Constitución. El coro lo forman los lobeznos de Páez, saciados de beber sangre con la cuchara de sus lanzas.

Santander había sido designado por los generales Serviez y Urdaneta como Comandante en Jefe de las tropas que sostenían en Casanare el fuego de la libertad. Pero la estampa serrana, la reposada audacia del licenciado estudiante, no satisfacían al llanero, que era una mezcla heroica de campeador y de beduino. La oficia-

lidad resolvió desconocer a aquel y otorgar a Páez las insignias del mando; a Páez que descuajaba con el testuz de su corcel las murallas humanas del enemigo, entre gritos de cólera y tempestades de coraje. Santander sorprende la conspiración, va al grupo adversario, dice su admiración por el caudillo bárbaro, le ofrece acatamiento, y solicita solamente que se le deje renunciar para que éste asuma el mando. Pero los llaneros se oponen. Ellos no alcanzan a distinguir, obnubilados por las fogatas de la guerra, más autoridad que la del caudillo que lo vence todo y es el dueño de animales destrezas. Insurge entonces la conciencia jurídica, la voluntad de perecer defendiendo al derecho. Santander, en pleno corazón de la muchedumbre insurrecta, desenvaina la espada y con suicida arrogancia la clava en tierra, retándolos a que primero le den muerte antes que tolerar el desquiciamiento de la autoridad legítimamente ejercida. Los llaneros le rodean esgrimiendo el bifronte peligro de sus sonrisas y sus lanzas. Pero vencidos por la calidad humana del gesto, ceden, y en sus pupilas arde desde entonces la admiración para el héroe silencioso. El cielo casanareño lo adopta desde aquel día como a uno de sus hijos, no por haberlo sido sino por merecerlo.

5

Fenecido el ciclo del soldado desplegó Santander sus capacidades de estadista con el mismo valor que en los campamentos ostentara. Por ello ha merecido el que se le considere el escultor de la nacionalidad, el realizador de su fisonomía jurídica. Por ello cualquiera que estudie su vida aprende a despreciar a sus detractores. Para amarlo como a Padre de la República basta con otear desde las colinas del tiempo ese gigantesco itinerario suyo, sembrado de episodios en el suelo de América, que perduran con la insistencia secular de sus volcanes y de sus ríos. Fue su vida un continuado sacrificio desde la cuna al sepulcro.

Y sin embargo, los interesados adversarios del Legislador y del Héroe han querido dibujarlo en el lienzo de la historia con trazos sombríos. Fingen verlo como un leguleyo, agazapado tras los matorrales del sofisma para cerrar el paso de Bolívar hacia la austral frontera. Pero de inmediato se advierte que quienes lo infaman de golilla lo hacen con el criterio del golilla; quienes pretenden oponer la visión continental del Libertador a la colombianísima de Santander, obran por la estrechez defectuosa de su propia visión. Las pupilas de su críticos no traducen la totalidad del paisaje sino uno de sus ángulos. Se muestran capaces de captar la luz pero no las cosas que destacan en ella su relieve. Ignoran la Historia porque sólo conocen una parcela de la historia. Así lo vió en folleto reciente un Federico Trujillo de la filosofía. Con además benévolo dejemos que sus dientes hambrientos se mellen contra el pedestal de la estatua.

Manizales.—1940.

RINCONES DE PATRIA

III

De Bogotá a Tunja.—El Campo de Boyacá.

Por Roberto Restrepo

Le haremos un mitin de protesta si insiste en su propósito de ir a Tunja. ¿Qué va a conocer usted en Tunja?

Así me decían, buen Pelayo, algunos amigos en Bogotá, porque ignoraban que nunca me resigno con el parecer ajeno, y que con la obstinación de un beodo me las he arreglado siempre para pensar con mi propio seso.

No conozco a Tunja, -me decía-, y aunque de ella no exista ni el nombre voy a averiguarlo yo mismo.

Quien acostumbrado esté a viajar en Caldas extrañará que por un viaje corto de solo 165 kilómetros, de Bogotá a Tunja, haya que pagar sesenta pesos por ida y regreso en un mal automóvil, como son la mayoría de los usados en las carreteras de las sabanas, Pero me avengo a ello, y desde las cuatro de la mañana espero al chofer, que no aparece, y ante mi reclamación fuerte a la empresa se me responde que nadie quiere viajar por tan escasos dineros en un día de fiesta. Opto ir a la plaza de San Victorino, donde buses de todas clases parten para Tunja, y en uno de ellos quiero partir, ya que contra lo esperado no hay servicio en líneas de automóviles hacia la capital de Boyacá. Veo al llegar que no viajaré con las comodidades que hubiera deseado, y que entre aquella gente mal trajada que viaja en ellos regresaré con un centenar de piojos trocando en mis vestidos. Pero no es para tan poco mi ánimo, que no desprecie aquellos incidentes con estoicismo de un buen turista.

Pero he aquí que a esta hora se presenta un automóvil que desea llevarme y me hace ofertas halagadoras de volar más que un rayo y llevarme en tres horas o menos con mejor trato que tuviera en un aeroplano de tres motores. Acepté al fin, y partí.

La carretera que se extiende hacia el norte por el largo y angosto valle, fértil como la tierra prometida, va quedando atrás rodeada de prados y pastales que ha vivificado el rocío del amanecer.

Poblaciones de poca importancia van apareciendo a la vera del camino, de las que no sabe darme razón mi disparado chofer, y solo aquellos parajes que familiares me fueron en mis tiempos de estudiante, como el castillo de Marroquín y otros, reviven ya lejanos recuerdos.

Pero un momento crítico llega: se desbarata una llanta, para el automóvil como humillado en su orgullo, y con sonrisa cinica exclama el chofer: "y no tengo repuesto".

Parado me tienes aquí en la mitad del camino, con deseos muy sinceros de dejar en mis manos las dos orejas del chofer, que más fresco que una lechuga descende y se sienta en una piedra a comer carnes fiambres y otros comistrajos sin importarle una higa su pasajero a quien tan desmedidas promesas hizo antes de partir.

Pero quiso la casualidad que una hora después pasara un bus, el último que iba aquel día hacia Tunja, y aunque llevaba pasajeros entre el motor mismo al parecer, me planté en la mitad de la vía resuelto a que me destripara antes que dejarlo seguir sin recogerme. Hacía señales el chofer que no había puesto, y cuando estas señales hace un conductor es porque lleva en su vehículo cuádruple carga: pero allí me planté resuelto a todo.

Pedí se me recogiera, y con humildad dije que no importaba el sitio en que hubiera de viajar. Tan repleto iba de indios como un camión en elecciones, y es de suponer el número de piojos que llevaría. Protestaron todos los indios, que de estos estaba compuesto el total de los pasajeros, y no había súplica humana que pudiera ablandarlos. Pero contra protestas y todo trepé con desenfado, con gran contentamiento del motorista que había cumplido públicamente con el deber de decirme que no había cupo pero que sabía a la vez que por llevarme aumentaría su beneficio.

Hube de acomodarme sentado en el suelo y soportando sobre mi espalda los pies alpargatados y de no muy grato olor de algunos pasajeros.

Quiso la fortuna que llegáramos a Chocontá, donde muchos descendieron a desayunar, y como más que un desayuno me importaba alguna comodidad y descanso, me acomodé en el mejor puesto que hubo y me arrellané en él como en poltrona de ministro.

Regresaron luego los desayunados, quienes al verme con alguna comodidad prorrumpieron en injurias contra el intruso que les había quitado el puesto, y era de ver cómo decían todos que a cada

uno le pertenecía. Hice el tonto y como que nada era conmigo, y hasta fingí dormirme. Reclamaron al chofer, y como tuviera este un poco de más compasión (o interés) que los otros, cuando más apremiado se vió dió la orden de partida, con lo que la indiada se calmó y fueron todos a ocupar sus puestos, si era que tenía cada uno el suyo.

Pude sí apreciar luego que quienes sobre mi espalda iban con sus malolientes pies eran tres beodos, con sendos tiples bajo el brazo, que denunciaba una noche pasada en juerga. No habíamos andado cinco kilómetros cuando dos de ellos empezaron a vomitar.... el puesto que yo había venido ocupando! Y hay quien diga que no tiene uno su ángel de la guarda!.

Hemos entrado en tierras de Boyacá. Contra lo que podía esperarse, después de salir de los alrededores de Bogotá, solo de cuando en cuando se halla una habitación cerca a la carretera, que en gran parte es solitaria. Pero entrando en territorio boyacense hácese más notoria esta peculiaridad, y las casuchas denuncian también mayor pobreza. Se ve que es un pueblo laborioso, humilde, nada exigente, y hay hasta tipos bellos en su raza, que no se notan por su extraño indumento, en que no pueden faltar ruana y sombrero ancho en el hombre, y sombrero similar en la mujer, con su pañolón inseparable que hace perder gracia a su cuerpo.

Ventaquemada se ve allí cerca a nuestra derecha, con sus recuerdos históricos.

Y finalmente, pocos kilómetros antes de llegar a Tunja, surgen a la vista el célebre campo de la batalla de Boyacá y el histórico puente. Compensadas están mis mortificaciones. Allí está el sitio que tanto ansiaba conocer, con su hermoso monumento en forma de obelisco rodeado al pie con los bustos de quienes más se distinguieron en la célebre batalla y con leyendas que levantan el ánimo patriótico, y la estatua de Bolívar al otro lado del puente. Pido al chofer que pare un momento, pero la voz de la indiada, que no tiene interés en ver aquello, se impone sobre mis ansias de conocer por menudo la cuna de nuestra libertad. Ya que esto no se me concede pido que al menos se me den algunos datos sobre las colinas que rodean el histórico campo, se me indique la situación que ocupaban los ejércitos cuando la batalla, por dónde vino la carga de Rondón, etc. Pero el chofer es un palurdo que parece ignoraba que allí hubiera habido algo notable alguna vez.

Sigue el bus con su carga de idiotas, y llevo en mi alma la angustia de haber pasado por allí como carga también.

De allí a poco transmontamos una colina, y noto cómo el chofer suelta su lengua ágil para describir cómo fue capturado allí el

hampón Palillo poco tiempo ha, y da detalles novelescos y que apasionan hasta sobrexcitar a sus pasajeros, que preguntan y repreguntan sobre los detalles de tal hazaña en que la policía puso la mano sobre aquel bondolero que viajaba en los camiones del correo cuando fue sorprendido. Allí sí paró el chofer para complacer a sus parroquianos, que como él ignoraban la existencia de Bolívar, pero que al dedillo se conocían las aventuras de un pobre golfo afiliado al hampa.

Tunja aparece allá a lo lejos. Veo los contornos de una ciudad de leyenda con torres y figuras caprichosas pero artísticas: es el área de una gran metrópoli. Pero me alerto a mí mismo tras recorrer poca distancia y advierto que lo que me parecía una extensa ciudad son las colinas áridas que la rodean, cuyos derrumbes resecos dan la impresión fantástica de torres, cúpulas y alminares. Ilusión óptica interesante para un poema.

Hemos llegado a Tunja, la ciudad donde alienta una raza de desconocidas virtudes, inteligente y hacendera, que habla poco porque siente repugnancia de hacer el fanfarrón.

Creí que tenía su asiento en alguna llanura fértil, pero la hallo recostada a una colina, con muchas de sus calles tan pendientes como las de Génova o Lisboa. Son áridos sus alrededores, y están resecos por el verano, pero dicenme que allí se siegan mieses que harían la envidia de tierras renombradas, en determinadas épocas del año. Son hermosos sus templos, y tiene su catedral joyas de gran valor artístico. En parte sus calles han sido cementadas, y las obras que para su cuarto centenario se iniciaron le dan el realce de una ciudad que de súbito ha enfilado en la corriente del progreso de la nación.

¿Ignoraban mis amigos que quisieron ridicultzar mi viaje, que hay en Tunja un cuartel moderno que le envidiarían capitales de mucho rumbo, que tiene una plaza de ferias que bien quisieran ciudades de tanto valor como Manizales o Cali; que tiene una plaza de mercado que sería para despertar admiración en la misma capital de la República, y que está terminando un edificio casi gigantesco para su escuela normal, que sería para envanecer a cualquier ciudad del país?. Su panóptico, con ser obra antigua, es admirable por la solidez de su construcción, y vale mucho. Hay hoteles en que se vive ya con buenas comodidades, y es un pueblo hospitalario por excelencia.

Para mi regreso he pensado en el ferrocarril, en que podría viajar a Bogotá sin las peripecias de una carretera con servicio malo de vehículos. Pero no puedo pensar en regreso sin volver al campo de Boyacá para contemplar a mi solaz y con reverencia el sitio que con mayor emoción debe contemplar un colombiano.

Tomo un automóvil, sin que importe el costo, para viajar soberrano de mí mismo; hago que se le provea de llantas, y vuelvo al campo de Boyacá. El chofer, que me había dicho conocer hasta lo que ignoraban los historiadores sobre la batalla de Boyacá, resultó ser un papanatas de más reducidos alcances que todos sus congéneres. Comprendí que todo lo ignoraba el muy zopenco. Pero al lado del puente hay una escuela, y a ella me llegué a inquirir por su maestra que mucho podía ilustrarme sobre aquellos sitios. Pero solo hallé a una vieja mal encarada, que me dijo estaba ausente la maestra, y que aunque la hubiera hallado, supiera que no tenía lugar para atender a tales chocheras.

Si una saeta me hubiera caído en mitad del pecho no me hubiera abatido tanto como aquella desilusión. Yo, que en cada campo célebre de Europa encontré siempre ilustrados cicerones que al por menor me hacían conocer cuanto no estuviera en mi ánimo ignorar; que en Waterloo pude seguir palmo a palmo los movimientos de Napoleón y hasta sus gestos; que en la descripción de los narradores que allí mantiene el gobierno vi en mi fantasía pero en el campo de la realidad, tendida la vista desde la cima de su pirámide coronada por el león de Holanda, las disposiciones hábiles de Wellington, las cargas temibles de Blücher, las advertencias prudentes de Ney, la intervención decisiva de Bülow, el heroísmo de la vieja Guardia, la fidelidad de Cambronne y sus granaderos, la desesperación imperial ante la no llegada de Grouchy, y el atardecer de un día, ocaso a la vez de un imperio.... algo, algo siquiera de esto creí encontrar en nuestro histórico campo....

Hube de resignarme, y apostándome ya sobre una colina, ya sobre otra, con mi máquina fotográfica y un croquis sobre el papel, he tenido que venir a probar el intento de la reconstrucción de la batalla con los datos de la historia.

Pero bien he visto que a nuestros historiadores pudo suceder lo que a mí: que no tuvieron quien les señalara el campo de Boyacá. Tan incompletas o vagas son sus noticias....

Preparemos la ciudad para doscientos mil habitantes. La única forma:
PLANO DE MANIZALES FUTURO.

UN AMIGO, EL ARBOL

Por Enrique Pérez Arbeláez

El interés por el árbol, que afortunadamente va creciendo entre nosotros, se funda en los muchos favores que le debemos y que no todos saben distinguir.

1). Ante todo, el árbol da su sombra: Al pie de él se congregan los ganados al medio día y por ese solaz el viajero va jalonando el camino caluroso, como la lucha de los días se interrumpe por el olvido de las noches.

2). Esa sombra parece atada al árbol y no lo está. La brisa mueve el aire fresco y la reparte y hace llegar al rostro del labriego y entrar por las ventanas de su casa la frescura de la noche que el árbol guardó entre su follaje.

Toda una estructura admirable sirve a esta función aliadora del árbol. Hojas carnosas, circulación, evaporación constante, cutícula refractaria, botones envueltos en resinas o ceras, ramas terminales y pecíolos que oscilan fácilmente como los dedos que sostienen un abanico. La copa del árbol se aleja del suelo para formar un abrigo debajo de él.

3). La misma brisa es hija del bosque. Es corriente de aire originada del desnivel de temperatura y de densidad entre masas contiguas del aire.

4). Las hojas de todas las plantas y en especial las de los árboles que están mejor repartidas en el aire, más agitadas y mejor imbricadas, no son como frasquitos cerrados, sino como esponjas porosas, como fábricas minúsculas con infinitas chimeneas. Por los estomas, y en relación directa con el calor ambiente y las corrientes de aire, exhalan humedad generadora de mil bienes.

5). Los órganos verdes de todas las plantas y en especial las hojas de los árboles, sintetizan el anhídrido carbónico del aire. Con eso purifican el ambiente de los productos nocivos y de la respiración de las plantas, de los animales y de los desechos gaseosos que se acumulan en el medio por las combustiones de leña, hulla y demás.

6). Esta síntesis llevada a cabo por la materia verde o clorófila es madre de toda energía vital sobre la tierra. La fuente de ella es el sol en calorías y en energía química. La energía no se crea. Las plantas la toman del sol, forman sustancias: harinas y albuminoides, cargados con ella; nosotros las comemos, van a nuestros músculos y allí se libera la energía, que las plantas todas y más los árboles, toman del sol. Si comiéramos tierra moriríamos, pero a través de las plantas, la tierra y los astros nos nutren.

7). Esta acción clorofílica es deshidratante y la planta lanza al aire la humedad que sobra en sus síntesis prodigiosa. Haya sol y viento o no los haya, el árbol es constructivo en todo sentido. El animal es gastador, degenerador de la materia, pero es el movimiento. De las plantas nace, pues, la actividad.

8). La humedad evaporada por la planta y en especial por los árboles, sube en la atmósfera. Forma la neblina matinal de los valles. Ascende al calentar el sol, se agarra en jirones a los peñascos y a los gigantes de la selva, forma las nubes y absorbe el calor; engendra la hermosura del cielo y como la lluvia se origina del aire saturado de humedad a una temperatura alta, cuando baja esa temperatura, los mares y los bosques son el principio de las lluvias. Los bosques más que el mar, pues tienen sobre él la evaporación clorofílica, regulan la lluvia y el clima.

9). Los árboles son los sustentadores de la fauna, sobre todo de las aves más útiles. En sus ramas toman las águilas el sol; y desde allí otean sus picos; allí anidan los pájaros cantores; del árbol reciben alimento y hogar.

10). Los troncos y copas de los árboles crean el paisaje. Palmas, troncos escuetos o frondosos, ramas erectas o péndulas, hojas grandes o pequeñas de inagotables colores y tonos. El árbol levanta su floración como una ofrenda de luces y promesas al cielo y al gusto estético de los hombres. De ahí nace la pintura.

11). Por su belleza, por su larga influencia sobre muchas generaciones, el árbol es un elemento histórico. Marca los lindeos, transmite los juramentos, reproduce las hazañas de los héroes.

12). El árbol da la madera. Con ella lo infinito. La casa, el barco, el andamio, el mueble, la herramienta, la vía férrea, el papel; utilidad, arte. Como la arquitectura del árbol es la más sabia que conoce el hombre, con fragmentos de ella hace el genio sus arquitecturas.

13). Por el tronco del árbol crecen y de sus ramas penden los bejucos, sin los cuales los pueblos no hubieran podido atar sus balsas ni tender sus puentes colgantes.

14). La capa subcortical, suministra las telas que visten a las pobres tribus primitivas. El árbol, pues, da la civilización y sin él caeríamos como la hoja que se desprende, en la monotonía y en la miseria de los desiertos.

15). Todos estos factores nos hace la parte aérea del árbol. Pero sus raíces, calladamente nos hacen otros más insignes. Las raíces son una red que penetra el suelo y mantiene fijo el árbol. Si los árboles corrieran gastarían su energía y no la reservarían para nosotros.

Quietos, son nuestra despensa energética; quietos forman la madera. Nos dan la lección de la concentración y de la vida creadora a solas.

16). Las raíces aseguran el suelo. Los árboles las especies cultivadas de este período geológico no crecen sino en el humus formado por especies inferiores a través de centurias. El árbol lo libra de deslizamientos, lo protege de la lluvia, lo alberga como un tesoro.

17). Además, lo aumenta. Las raíces hondas sacan de las capas inferiores del suelo, a donde no llegan ni las yerbas ni otras plantas de cultivo, los principios alimenticios. Estos suben a las hojas, caen con ellas y forman nuevas capas de humus ricas y fecundas.

Así el árbol practica su amistad al hombre, convive con él en el período geológico nuestro, porque él está hecho para nosotros. El hacha que lo corta va segando las venas de la humanidad.

COMENTARIOS

LA FERIA DEL LIBRO

Este bello acto que se acaba de realizar en Manizales, patrocinado por la Dirección de Educación Pública, nos deja un grato balance de optimismo. Fue un admirable certamen en el que se pudo apreciar el hecho altamente significativo, de que nuestro pueblo, a pesar de la actual depresión moral y económica que ha producido el conflicto armado de las naciones del viejo mundo, ha aquilatado su anhelo de estudio, de investigación y de preparación cultural. El resultado estadístico de la Feria del Libro, nos satisface igualmente por la calidad y el género de las obras reclamadas por el público. Los textos de consulta y de carácter científico tuvieron preferencia sobre la novela frívola. Los magníficos conciertos musicales dados por el Conservatorio contribuyeron a solemnizar ese gran certamen.

Felicitamos a la Dirección de Educación Pública, especialmente a don Marco Tulio Salgado, organizador de la Feria del Libro, por el brillante éxito obtenido.

"EDUCACION DEL HOGAR"

Precedido de fina dedicatoria, que agradecemos altamente, recibimos la obra "Educación del Hogar" de que es autor el destacado escritor ecuatoriano Alejandro Andrade Coello. Una serie de artículos, crónicas y apuntes sobre temas diversos, que revelan en su autor un temperamento de inquieto observador y de fino comentarista.

Como su mismo título lo indica, la obra de Andrade Coello tiende a una noble finalidad, como es la de realizar una labor educativa en el hogar, pues ella contiene saludables lecciones y críticas constructivas, que, encauzadas dentro de un estilo ágil y ameno, producen un singular deleite.

En próximas entregas de "Civismo" reproduciremos algunas páginas del distinguido escritor ecuatoriano, a quien le repetimos las gracias por el envío de su admirable libro.

GUSTAVO JARAMILLO ROBLEDO

La prematura muerte de Gustavo Jaramillo Robledo ha constituído una pérdida irreparable para nuestra ciudad, que apreciaba en su personalidad una de las más ricas posibilidades de Caldas.

Dueño de una juventud abundante en hechos y en promesas, todos esperábamos de él la realización de un destino y de una vocación nobilísima. Enrolado en las falanges universitarias como estudiante de medicina, su disciplina en el estudio, su vocación providencial para el sacerdocio científico y su alma plasmada en la más alta y pura aspiración divina, le granjearon la simpatía

y la adhesión de condiscípulos y profesores.

A su edad, metido entre gentes que por la edad y por la época han hecho ya dolorosa dejación de todo lo espiritual y ultraterreno, Gustavo realizaba en sí mismo al cristiano con toda la ardencia, con todo el valor y con toda la grandeza de un cruzado.

Educado por sus padres y por su ambiente hogareño para sobrellevar la vida y sus penalidades con espíritu de disciplina y sacrificio, representaba entre los suyos, y en medio de las patrullas universitarias, un valor moral de innumerables quilates y una cima de espiritualidad que en mitad del mundo se levantaba hasta muy cerca de Dios.

"CIVISMO" se asocia al dolor de la ciudad por la pérdida de esta juventud ejemplar, y envía a la familia Jaramillo Robledo, muy especialmente a don Juan Jaramillo y su dignísima esposa, la expresión conmovida y profunda de su tribulación.

FRANCISCO LUIS BUITRAGO

Victima de aguda dolencia dejó de existir en esta ciudad, el 10 de junio, el señor Francisco Luis Buitrago. Aficionado a las faenas periodísticas, el señor Buitrago dirigió en épocas pasadas algunos periódicos de carácter combativo, desde los cuales defendió con firmeza sus ideas políticas. Posteriormente, y obedeciendo a una vocación temperamental en él, se dedicó a escribir interesantes apuntes relacionados especialmente con la fundación de Manizales. Por este aspecto su estilo se caracteriza por la amenidad y porque está salpicado de a-

nécdotas y de datos que constituyen un excelente aporte para la historia de nuestra ciudad. En las páginas de "Civismo" publicó varios artículos en los cuales relata, en prosa fácil, algunas de las hazañas de los primeros pobladores de estas montañas.

"CIVISMO" expresa su sentimiento de pesar por la muerte de su distinguido colaborador y leal amigo, y hace llegar a los suyos su sincera voz de condolencia.

Los vecinos de la Avenida Cervantes
deben construir los andenes al frente
de sus residencias.-S. de M. P. :

UNA INDUSTRIA CALDENSE Y UN LUCHADOR MANIZALEÑO

Toda empresa industrial que hunda sus raíces en el esfuerzo y en la tierra caldense, debería merecer de nuestro pueblo pleno respaldo, acatamiento y hasta devoción. La pequeña industria es la auténtica creadora de riqueza. Sus proventos acrecientan los caudales de la economía seccional y atraen al torrente circulatorio la contribución de los consumidores de fuera. Proporciona trabajo a las gentes nuestras y lo retribuye en pan y cultura para los hogares caldenses. Sin embargo, el pequeño industrial no encuentra bien compensados sus esfuerzos. Se bate heroicamente contra las dificultades técnicas, contra la hostilidad financiera, contra el desamparo bancario y contra la estulticia de sus coterráneos en un gigantesco esfuerzo creador, cubriendo todos los frentes de la lucha comercial; heroico y sólo como un atleta múltiple.

Ejemplo admirable del estratega en esta batalla de todos los días es don Julio Nicholls. En él conjúntanse y operan con igual brío el hombre de gabinete, el hombre de laboratorio y el hombre de acción. De los pesados libros de Botánica, Física y Química, pasa a manipular los morteros, los gasómetros y las retortas; dibuja los planos de una nueva máquina que le permita acelerar la producción de su champaña, de sus gaseosas y de su vino; vigila el proceso germinativo de la cebada y la malta, al mismo tiempo que ausculta las posibilidades de los mercados. Causa pasma encontrar tan caudalosos veneros de energía en su estampa pequeña, decorada por unos ojos color azul de acero que evocan los del fuhrer germánico.

Ahora don Julio ha puesto en movimiento un nuevo producto que viene a coronar sus laboriosos esfuerzos: la cerveza "Nicholls". Es un licor amable, que acaricia deleitosamente el paladar; agrada a los ojos, incendia el espíritu de sana alegría y da al organismo una armoniosa cenestesia. Par de las buenas cervezas alemanas, ha logrado imponer en el mercado. La pequeña fábrica apenas alcanza a lanzar un reducido número de botellas en relación con los pedidos. Ampliando las maquinarias este producto señalará el advenimiento de una industria caldense de proporciones benéficas. Estamos seguros del triunfo de este manizaleño que es índice de las energías creadoras de la raza.

La Sociedad de Mejoras Públicas se propone dar su apoyo irrestricto y efectivo a quienes, como don Julio Nicholls, dedican la totalidad de su vida y de sus fuerzas a enriquecer la industria caldense. Su órgano "Civismo" desatará una campaña de amplio respaldo y cooperación a estos trabajadores que se merecen gratitud sin linderos de todos los habitantes del Departamento. Iniciamos esta labor agrupando en nuestras páginas algunas fotografías de la nueva fábrica y consignando cálidos aplausos para su fundador infatigable.